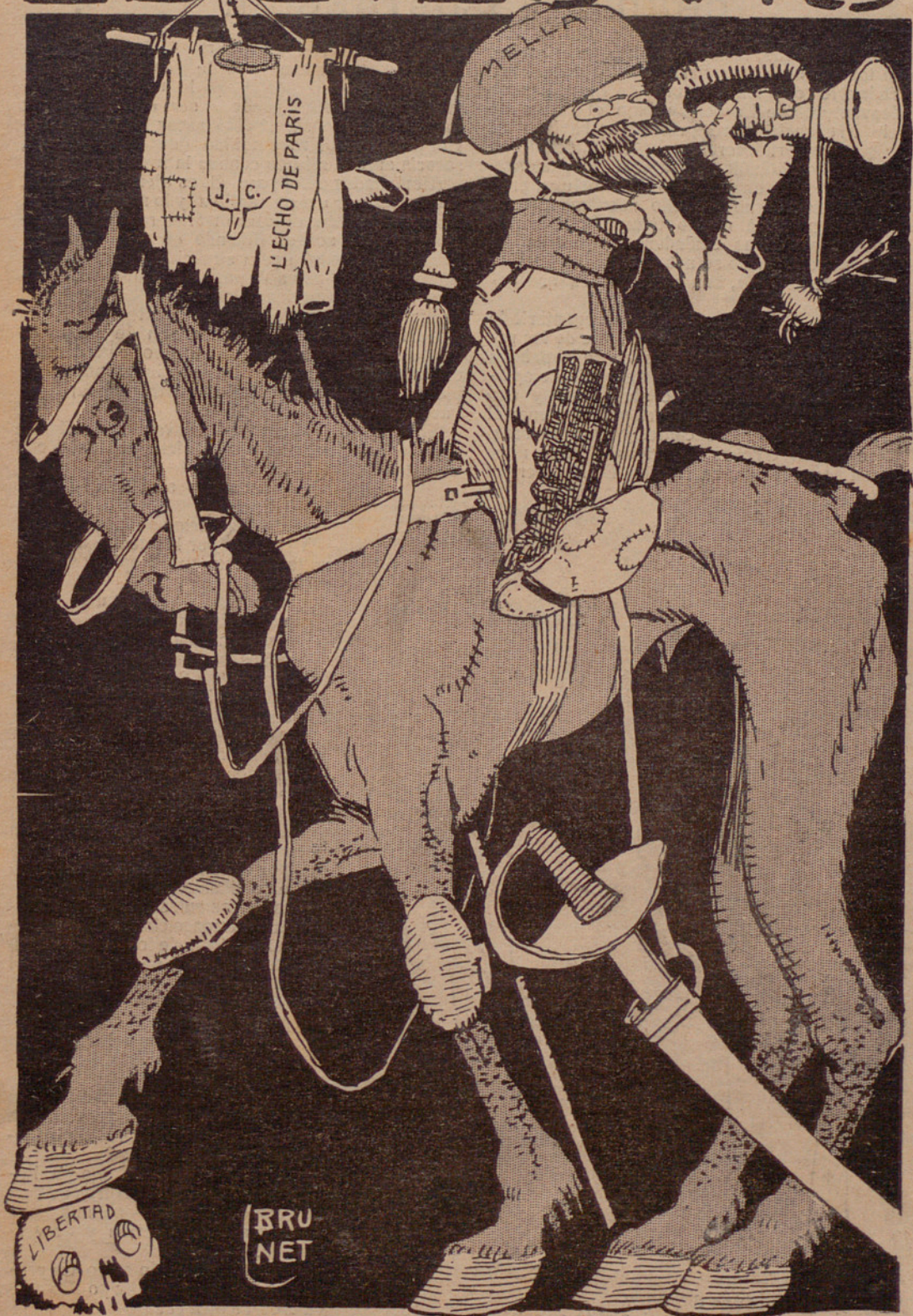


EL DILUVIO



EL MODERNO A.....¡TILA!

CHARLA INSUSTANCIAL

Dígote en verdad, lector amable, que te hablaría de tantas cosas que haría esta cháchara tan interminable como las aventuras de Lladó o como las desventuras de Barcelona bajo el poder de Poncio Prudencio; pero prefiero no hablarte de nada que pudiera interesarte, porque, puesto en el caso de hacerlo, sólo podría darte disgustos.

Ya que vivamos en perpetuo desasosiego, procuremos no acordarnos de ello mientras nos sea posible, que no será mucho tiempo, y ya que no celebremos meriendas ciudadano-campestres, no veamos tampoco cómo se nos meriendan los Heligábalos de la Colla, aunque tengamos que cerrar los ojos.

Felicitemos á don Toribio, sin preguntarle lo que le cuesta su nombramiento de jefe de los republicanos españoles residentes en la República Argentina, que viene á ser una especie de episcopado *in paribus*, bien que sin sueldo y con pago de contribución de guerra para sostener el ardor bélico de los manducantes y alborotadores.

No se pescan trachas á bragas enjutas, ni se alcanzan honores sin sacrificios. Bien es verdad

que si don Toribio quiere República ya tenía la del Plata y ninguna falta le hacía la que será para él la del oro por el que le cueste; pero allí tal vez no habría llegado á ser diputado y, por ende, nunca habría rodido sacar la lengua en el Congreso. Hubiérase tenido que contentar con sacarla ante el médico cuando la tuviera sucia.

Afortunadamente para él, es ajeno á las cuestiones que por acá se ventilan, y lo mismo le traen los terrenos para el futuro matadero que las huelgas que van á acabar dejando en huelga á Canalejas. La gravedad de la situación puede interesarnos á los de por acá; pero á los que tienen intereses y familia allende los mares, ¿qué calor ni qué frío pueden darle nuestros asuntos?

De todos modos, éstos marchan de tumbo en tumbo, con gran satisfacción de conservadores y carlistas con y sin apófisis de integrista, que piensan, y acaso la razón les sobra, que á río revuelto ganancia de clericales.

Y, en efecto, palmo á palmo van conquistando posiciones y vuelven á entreabrirse sus labios con sonrisas mefistofélicas.

—¡Ah, cuando se abran las Cortes!— dicen.

—¡Derribaremos á Canalejas!

Y cuentan por los dedos las dificultades con que tropieza el Gobierno.

—La actitud de Roma, una.

—La de Romanones, dos.

—La del cólera, tres.

—Otras tres mil de menor importancia, tres mil tres.

—La cuestión social y las inundaciones... ¡La mar!

Nosotros no damos por tan derribado á Canalejas; pero si lo fuera, no creemos que sería para los carlistas una gran felicidad por lo de carlistas, pero sí por lo de clericales.

Canalejas suele olvidar que en boca cerrada no entran moscas y que por la boca muere el pez, y hace mal en olvidarlo.

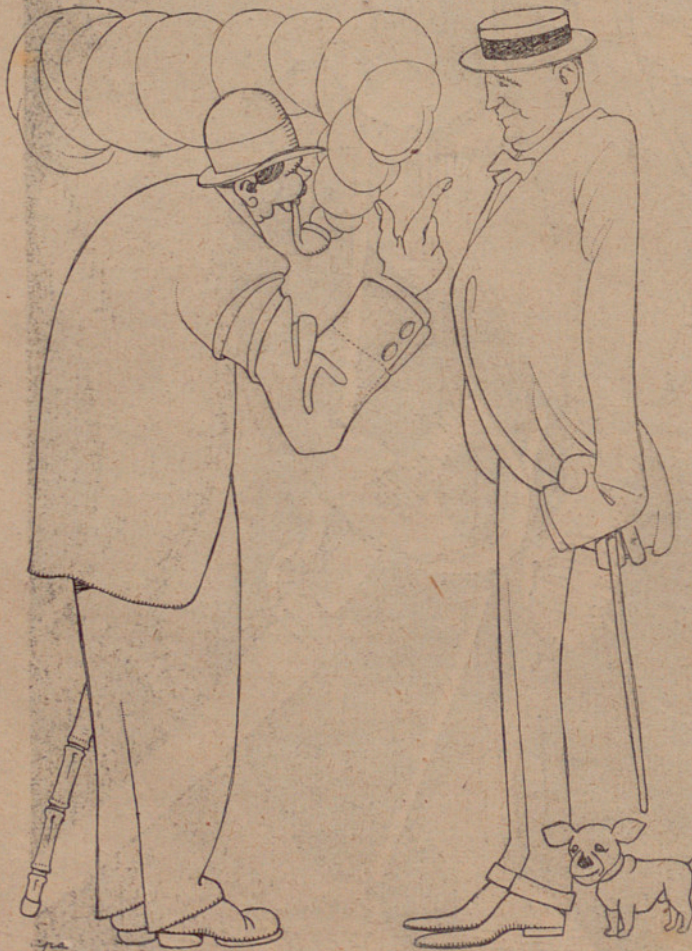
Los únicos maestros que para resolver cuestiones clericales nos presenta la historia de los últimos tiempos fueron los acaudillados por el conde de Aranda y éste era tartamudo.

Aplique el cuento el señor Canalejas y aproveche a uella hermosa lección de la expulsión de los jesuitas.

Recuerde los compromisos que tiene contraídos y haga provisión de energías para realizar las aspiraciones democráticas del país.

Cumpla como bueno, que ya llegará la hora en que otros acaben de romper los lazos que nos ligan á un pasado de opresión y de vergüenza.

Lo hemos recibido como un precursor y él mismo no ha podido nunca creerse otra cosa.



—¿Y tú qué opinas del 606?

—Figúrate lo que opinarías si te encontrases en mi lugar.

SOLFANELLO.



Escena final de la aplaudida zarzuela *El fin del mundo*, que se representa en el Teatro Lírico.



LA VERDAD

El maestro.—¡Oh, la verdad! La única ocupación digna del hombre es buscar la verdad. La verdad es el dios único que debe acatar la razón. La verdad...

El discípulo.—¿Y para qué sirve la verdad, maestro?

M. (indignado).—¡Joven!

D.—Sí, maestro; ¿para qué sirve la verdad?

M. (perplejo).—¡Hombre!... La verdad es el progreso... El progreso es el conjunto de verdades conquistadas... Cada verdad descubierta es un paso de gigante que da la Humanidad en el camino del progreso...

D.—¿Y para qué sirve el progreso, maestro?

M. (con entusiasmo).—¡Para realizar la redención, la exaltación, la dicha y la gloria humanas!

D.—¿Quiere usted ilustrarme con el ejemplo de alguna verdad que haya servido para eso en el curso de los siglos?

M. (turbado).—Evidentemente... las verdades cristianas...

D.—En efecto; «No matarás», «No robarás»... ¡Bromea usted, maestro!

M.—Pero las verdades modernas...

D.—¡Ah, sí! Las verdades de Cristo, pero sin Dios. El fetichismo científico sucediendo al fetichismo religioso. Antes Torquemada y ahora Ravachol. Antes los conquistadores, los reyes de pueblos; ahora los banqueros, los reyes industriales. Pero la dignificación y el bienestar humanos, ¿dónde están? ¿por dónde han de venir?

M.—Es que es ahora cuando empiezan á germinar las ideas cristianas de fraternidad humana en las conciencias civilizadas, joven.

D.—¿Después de diecinueve siglos?... No vale la pena de que los mortales sembremos para lo

eterno. ¿Quién nos garantiza la vida de los millares de años que son precisos para recoger el fruto de una verdad, dado el caso de que no se malogre la cosecha?

M.—Cierto, joven, muy tristemente cierto. Pero ¿de qué nos serviría la inteligencia si no existiera la verdad?

D.—De nada; nos aburriríamos y nos embruteceríamos mortal y dichosamente. Y por eso existe la verdad, nada más que por eso... A los niños se les entretiene con cuentos tártaros y á los hombres con la verdad. «El mundo es un cuento vacío de sentido narrado por un idiota», ha dicho el padre Shakespeare en un raro momento de lucidez.

M.—Peligrosa verdad, joven.

D.—No tanto como otras verdades que han llenado de charcas sangrientas el paso de la Humanidad por el planeta. Los hombres necesitan regar con sangre sus verdades. Porque sólo los juegos sangrientos les entretienen.

M.—No; es que la verdad sólo con sangre—con sacrificio, con dolor—es fecunda.

D.—Sí; fecunda en crímenes. El hombre tiñe de rojo su vida, porque al hombre y al toro les atrae y les incita lo rojo. ¡Por la misma causa! Por salvajismo nativo.

M.—¡No tienes fe, joven!

D.—¿Fe en qué, maestro?

M.—En los destinos humanos.

D.—El oscuro secreto de la vida es una realidad de desolación y muerte.

M.—¡Terrible verdad!

D.—Pero inútil verdad. Las mejores verdades son las que no sirven para nada.

A. SÁNCHEZ RUIZ.



Ya basta con un Congreso,
del que he salido bien barto.

Vinaixa nos dió una lata;
pero, producir... ¡ni un cuarto!

¡BASTA YA!

Lamentemos la muerte de *Pepete*
porque es sensible que se muera un prójimo,
y, si es joven y apuesto, es más sensible
para las hijas de Eva, sobre todo.
Lamentemos que el diestro sevillano,
víctima de su ardor y de su arrojo,
haya encontrado muerte desastrosa
en las astas de un toro.
Bueno, en fin, que sintamos la desgracia,
que llena la afición de pesar hondo
y nos priva de un diestro
que caminaba ya para famoso;
tanto más de sentir cuanto que hoy día
ya van quedando pocos
que en los anales del toreo sean
dignos de figurar con nombre propio.
Pero, por Dios y por su santa madre,
basta ya de sollozos
y de lamentaciones, de que el vulgo
se ha mostrado tan pródigo.

¡Basta ya de lamentos y de lágrimas!
¡Cese, por Dios, el plañidero coro
de entonar alabanzas,
tristes elogios y homenajes póstumos!
¡Basta de informaciones periodísticas
con datos y recuerdos anecdóticos,
que *Pepete* no ha sido
el primero que ha muerto de ese modo!
¡No se habló ni escribió tanto de Montes
que del toreo clásico fué el monstruo!
Murió *Pepete* en la candente arena
del combate del hombre con el toro,
donde el torero alcanza
en pocos años y sin gastar fósforo
una reputación y una fortuna
que le pone á cubierto por el pronto
del hambre y sus rigores,
que, desgraciadamente, no son pocos.
Y si le alcanza un toro cualquier día
y el diestro de resultas baja al hoyo

Jamás había amado á su padre, pero á la sazón le detestaba. Quizás hizo morir á su madre como ahora hacía morir al perro.

Eduardo pensaba que si él hubiera sido un hombre este crimen no se habría consumado. Antes habría partido él de aquella casa con su viejo amigo.

Entretanto el criado se alejaba de la hacienda con el perro. Ahora, que se hallaba lejos del niño, se preguntaba el sirviente si no sería para él mejor obedecer á su amo que escuchar la voz de su corazón y el arranque generoso, pero pasajero, de su conciencia.

Echó sobre el perro una mirada furtiva y se estremeció; el animal le miraba ansiosamente, como si comprendiese que en el alma del hombre se libraba en aquel momento un combate del cual dependía su vida.

El criado no osaba consumir la horrible obra; los ojos de Dick le daban miedo; parecían ojos humanos. Por último, el joven soltó la cuerda que aprisionaba al perro y exclamó:

—¡Vete! ¡Vete!

Y para no arrepentirse de su buena obra echó á correr y no se detuvo hasta que se alejó más de doscientos metros.

El perro no se movió del lugar donde estaba; seguía al criado con sus ojos tristes, suplicantes. Este, como si temiera que el can le siguiese, le arrojó algunas piedras. Pero el animal, que había comprendido que no se le quería en la hacienda, después de unos segundos de vacilación volvió gruppas y marchó en dirección opuesta á la de su salvador.

Tranquilo con esto el criado volvió á la hacienda y dijo á su amo que ya había dado muerte al can.

Dick, después de caminar dos horas, se detuvo; estaba jadeante, rendido. Bebió agua en una charca nauseabunda y luego se acostó al pie de un árbol.

Durmió hasta la mañana siguiente; le despertó un puntapié seguido de una exclamación.

—¡Fuera de aquí, animalucho!

Un hombre estaba ante él en actitud amenazadora. Una mujer dijo:

—¿No valdría más matarle por si estuviera rabioso?

El perro comprendió vagamente que su vida estaba amenazada y se apresuró á correr campo adelante.

La puerta se abrió. Melania entró con la tortilla, que puso sobre la mesa. Las dos mujeres tomaron asiento acto seguido y empezaron á comer sin quitar sus ojos de mí.

Después de un momento de silencio:

—Querido tío—dije—, sería un gran consuelo para mi madre poderos dar un abrazo.

—Yo también quisiera... quisiera.

Y después de decir esto enmudeció. No encontraba nada á propósito para proponérselo. El silencio persistió, turbado solamente por el ruido de los tenedores sobre los platos y de las mandíbulas que mascaban.

En esto el bueno del abate, que escuchaba tras de la puerta, creyendo la partida ganada, juzgó que era el momento oportuno de intervenir y se presentó ante mi tío, que, estupefacto al ver esta aparición, quedó unos instantes inmóvil; pero, reaccionándose rápidamente y abriendo la boca como si quisiera tragarse al cura, gritó con voz fuerte, furiosa, formidable:

—¿Qué venís á buscar aquí?

El abate, acostumbrado á las situaciones difíciles, se adelantó murmurando:

—Vengo en nombre de vuestra hermana, señor marqués; ella me envía... ¡Qué feliz la haríais... señor marqués!...

Pero el marqués no le oía. Extendiendo el brazo le indicaba la puerta con un gesto trágico y soberbio y al mismo tiempo le decía exasperado y casi sin aliento:

—¡Salid de aquí, salid de aquí, ladrón de almas! ¡Salid de aquí, violador de conciencias! ¡Salid de aquí y no vengáis á forzar las puertas de las casas de un moribundo!

El abate retrocedió y yo me ví precisado á hacer lo mismo, batiéndome en retirada con el buen clérigo, mientras los dos mujercuelas, saboreando su venganza, abandonaban los restos de la tortilla para acudir al tío, colocándose á ambos lados del sillón y apoderándose cada una de un brazo, como tratando de defenderle de los criminales ataques de la familia y de la religión.

Entretanto, nosotros nos reunimos otra vez con mi madre en la cocina y Melania volvió á ofrecernos sillas.

—Ya me figuraba yo que esto solo no daría resultado. Es preciso buscar otro recurso; de lo contrario, se nos escapará.



Otra vez volvimos á deliberar. Mamá tenía un parecer, el abate otro. Yo también intervine como tercero en discordia.

Hacia como una media hora que discutíamos en voz baja, cuando un gran ruido de muebles y la voz de mi tío gritoando con más vehemencia, con más terrib e fuerza que antes, nos

194

No osaba ya acostarse á la puerta de la hacienda cuando el amo estaba allí; ahora se ocultaba en los rincones, comprendiendo que en aquella casa era un intruso, un sér molesto.

En otros tiempos no tenía estos temores. A las horas de comer iba á reclamar su parte y cuando él se olvidaba de ello se apresuraban á buscarle para dársela.

En su juventud se le consideraba el mejor perro del lugar. Servía para todo; lo mismo defendía al ganado del ataque de un animal carnicero que corría en pos de una liebre y la cazaba.

Beaunaire había olvidado todo esto.

—Puesto que no sirve para nada, ¡que revientel!—había dicho.

El niño lloraba amargamente.

—¡Mi perro! ¡Van á matar á mi pobre perro!

Tan visible dolor emocionó al criado, quien, acercándose al niño, dijo:

—¿Tanto te apena la próxima muerte del can?

—¡Muchísimo!...

—Pues bien; yo te prometo no matarlo.

Eduardo abrazó efusivamente al criado.

—¡Gracias, gracias!—exclamó.

En su alegría, al ver al querido perro fuera del peligro de muerte, el niño no acertó á preguntar al criado lo que iba á hacer del animal.

El criado amarró al perro con una cuerda y salió de la hacienda á tiempo que reaparecía el colono.

—¡A ver si ahora acabas de morirte!—exclamó el inhumano hombre aplicando al can un soberbio puntapié.

El pobre animal aulló de dolor, lanzó una última mirada al lugar donde quedaba el niño y siguió tras el criado con la cabeza baja y el rabo entre piernas.

Eduardo, con el corazón horriblemente optimido, iba siguiendo con la vista.

—¡Mi perro, mi pobre perro!—sollozaba.

Su padre para consolarle le tiró de las orejas.

—¡Basta de jeremiadas, perillán!—exclamó acompañando las palabras al castigo.

El niño guardó silencio; pero en su corazón comenzó á germinar el odio.

199

ya sabe que en su entierro habrá profusos, entusiastas elogios, lamentaciones, lágrimas, desmayos y golpes de platillos y de bombos. Pero muere un soldado en un combate por conquistar laureles para otros que pasan a la historia mereciendo el dictado de *gloriosos* y nadie dice de él una palabra y su recuerdo pasa como un soplo.

Se le entierra sin pompa al pie de un árbol en unión de otros héroes tan dichosos y al cabo de dos años nadie sabe dónde quedan sus restos en reposo. El que quiera marcharse de otra forma con homenaje tal y tales bombos dídquese al toreo ¡y su entierro ha de ser un hecho histórico!

MANUEL SORIANO;

EL TESTAMENTO DE UN FILÁNTRÓPO

Nunca don Deogracias había querido bien a sus semejantes. Jamás concibió que debiera imponerle se la menor incomodidad para evitar un dolor ó proporcionar una alegría, y, aun puede afirmarse, sin temor de calumniarle, que siempre le causó cierto placer el conocimiento de la desdicha ajena, así como en ningún tiempo pudo soportar el espectáculo de la alegría de los demás. No lo podía remediar, pero se le llevaban los demonios cada vez que veía un rostro sonriente.

Desde su mocedad reconcentró sus cinco sentidos y todas sus facultades en una idea: acaparar mucho dinero. Y, fijo en ella, se alejó de sus parientes para evitar el peligro de tenerles que ayudar; rehuyó toda amistad, pues la mejor puede traer aparejados compromisos desagradables, miró con horror el matrimonio, se privó de cuanto hace amable la vida y, en resumidas cuentas, vivió siempre como un hurón, sin saber qué son afectos ni quererlos saber, pero con la conciencia de ser aborrecido por todo el mundo. Naturalmente, con tal género de vida, á medida que pasaban los años, fué haciéndose más hurano, más agriado de genio y más infeliz.

¿Qué mucho, pues, que la alegría ajena le sacara de sus casillas? ¿Por qué si él nunca estaba contento habían de estarlo los demás?

Pero, en fin, don Deogracias no pasó de ahí en su misantropía hasta el momento en que tuvo la terrible certidumbre de que estaba condenado sin apelación, de que no había remedio para su enfermedad y de que su sentencia debía cumplirse en un plazo brevísimo—tal vez cuestión de días—, sin que su fortuna entera sirviese para de tenerla un solo minuto.

Y mirando hacia el porvenir, vió ante sí una porción de caras desconocidas, pero todas risue-



Muerte alevosa, sin par, que el Cine y malos autores dan al Teatro catalán.



Las fiestas deportivas de La Garriga.—Carreras de patos.

ñas y alborozadas, que celebraban con gran algazara la feliz ocurrencia que él había tenido al someterse á una vida de privaciones, invertida en embrollos y artimañas, y en cometer infamias para que ellos, los incógnitos poseedores de aquellas regocijadas caras, triunfasen y se divirtieran.

Esta visión le hizo padecer mucho y llevó su pensamiento hacia su hermana, á quien hacía años que no veía. Era bastante más joven que él, de carácter franco y expansivo y de generosos sentimientos, y esta divergencia de caracteres había sido causa de que nunca se hubieran llevado muy bien. Quedó viuda, con tres hijos de corta edad, y como su esposo no la dejase más herencia que un nombre respetado por todos—menos por don Deogracias, que siempre consideró á su cuñado como un infeliz incapaz de hacer fortuna—nuestro hombre, temeroso de que ella solicitase su ayuda, buscó un pretexto para romper sus relaciones.

Ahora, al darse cuenta de que su hermana sería declarada heredera de sus bienes, sintió una fuerte sacudida nerviosa y su rostro, de un amarillo terroso por la enfermedad, se puso verde.

—¡Qué más quisieras, víbora!—dijo con acento reconcentrado—. ¡No tendrás ni un céntimo! ¡Ni un céntimo!...

Y añadió con encono:

—¡Ni tú, ni nadie!

Pero, al decirlo, comprendió que su buen deseo no era de tan fácil solución como pudiera parecer á primera vista.

Si su fortuna hubiese consistido en efectivo, no hubiera vacilado un instante en hacer una hoguera con todos los billetes, y de ese modo se habría llevado al otro mundo la satisfacción de que nadie la había aprovechado; pero gran parte de ella estaba invertida en casas y el resto en préstamos é hipotecas cuyo pago no podía exigir antes de sus vencimientos.

De pronto sus dedos se crisparon, su rostro se contrajo en un gesto de agudísimo dolor y prorrumpió en gritos que nada tenían de humanos. Era el cáncer, que le recordaba su presencia y le anunciaba los progresos que por instantes hacía en su estómago.

Tan horribles fueron los dolores, que hubo mo-



El Jurado de las fiestas deportivas celebradas el domingo último en La Garriga.



Grupo de asistentes al Congreso de radiología que se reunió recientemente en esta ciudad.

mentos en que creyó morir y aun lo deseó, aunque bien veía que su muerte, sin testar, importaba la entrega de su fortuna á su hermana.

¶ Pero pasó el acceso, y no sólo pasó, sino que le dió la solución buscada.

¶ A medida que los dolores cedían, sus ojos brillaban con alegría salvaje. Tal vez fué esa la mayor que experimentó en su vida.

—Si—se dijo con fruición—; han de pasar muchos, muchísimos años antes que se encuentre la manera de curar el cáncer. ¡Tal vez no se encuentre nunca!

Y gozaba al repetirse la malvada esperanza.

—Éso es—continuó—; un suntuosísimo Hospital para cancerosos... ¡Que se invierta todo en él!... ¡Todo! ¡Por mucho lujo que haya, por muchas comodidades que intenten introducir, no han de ser

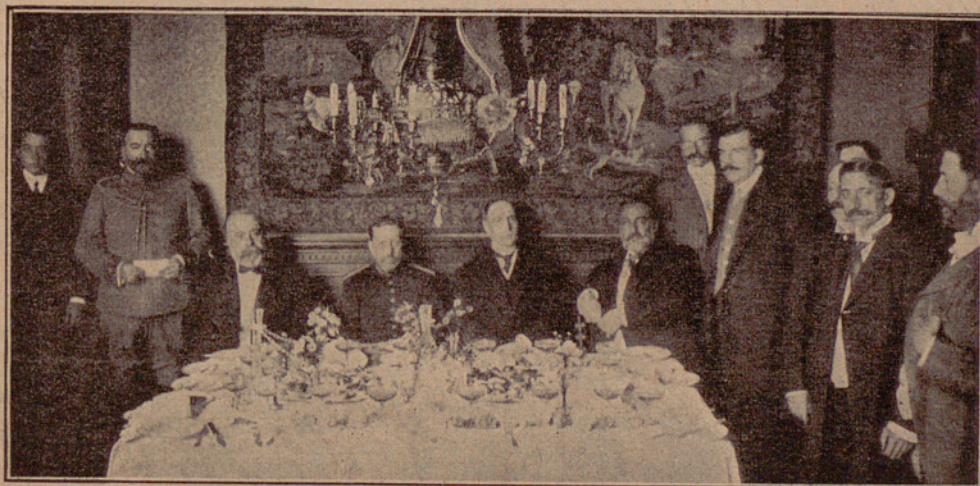
las carcajadas, sino los gritos de dolor y de desesperación los que resuenen en aquellas paredes!... ¡Para quien sabe que está condenado sin remedio, y sufre como yo sufro, los palacios de *Las mil y una noches* son horribles calabozos de la Inquisición!... ¿Cómo no se me ocurriría antes?

Aunque embargado por la emoción, don Deogracias trazó con pulso firme y letra muy clara su última voluntad.

Y, ya tranquilo, aguardó la muerte.

Ocho días después la Prensa de toda la nación *engalanaba* sus columnas con el retrato del noble filántropo y no hallaba términos para expresar toda la grandeza de tan sublime desprendimiento.

EMILIO VERA Y GONZÁLEZ.



Presidencia del banquete con que se celebró en el Consulado de Méjico el primer centenario de la independencia de aquella nación.



En Barcelona todo va reduciéndose á una cuestión: La de aguas. .. sucias.

—No cuesta tan caro mantenerlo.
—Cuesta mucho en relación con los servicios que presta.
—Ya le alimentaré yo.
—¡Con mi pan! ¡Gracias!
El colono se volvió hacia uno de sus criados.
—Pedro --le dijo--, amarra el can y abógallo en el arroyo.
El criado hizo un signo de asentimiento.

—Bien, mi amo.
Para sustraerse á las recriminaciones de su hijo, Beaumaire cogió la escopeta y salió.

El niño, solo en la vasta sala de la hacienda, sentía ganas de llorar. El cariño que al perro tenía era grande.
En su tierna infancia el can había sido su juguete favorito. Y Eduardo recordaba con amargura la paciencia, la mansedumbre del animal cuando él le tiraba del rabo ó de las orejas ó le golpeaba. Nunca el perro se le había rebelado, como si hubiese tenido conciencia de la debilidad y de la inocencia del niño.

Más tarde, cuando tuvo uso de razón, Eduardo se abstuvo de maltratar al perro, al contrario, le colmaba de caricias, convirtiéndolo en su mejor amigo y compañero.

Los aldeanos de las cercanías cuando veían pasar á los dos juntos decían:

—San Roque y su perro.

¡Pobre can! Como ya estaba viejo y achacoso, se le echaba de todas partes; el colono no podía verle sin atizarle un puntapié. Además había ordenado que se le suprimiese su ración de comida.

—Puesto que ya no sirve para nada, es tonto alimentar-lo—dijo.

El infeliz perro vivió a de los comestibles que robaba para él el hijo del colono.

Cuando Beaumaire, brutal é irascible, levantaba la mano sobre su hijo, el viejo perro se enfurecía, sus pupilas se encendían y gruñía sordamente.

Se ganaba con ello algunos estaca-zos; pero éstos no evitaban que en otra ocasión semejante volviese á enfurecerse contra el inhumano colono.

Es verdad que á la sazón era un trasto inútil; él bien lo comprendía.

hizo abandonar nuestros asientos y dirigirnos todos á su habitación.

A través de las puertas y de los tabiques llegaron á nosotros sus gritos.

—¡Fuera!... ¡Fuera, villanos... farsantes!... ¡Fuera, miserables!... ¡Fuera, fuera!

Melania volvió á socorrer á su señor, pidiéndome ayuda. Enfrente del anciano, que se había incorporado para lanzar sus coléricos apóstrofes, dos hombres, uno ocultándose detrás del otro, parecían esperar que mi pobre tío muriera de furor.

Al examinar á uno de ellos, vestido con un largo y ridículo gabán, con sus grandes zapatos ingleses, su aspecto de maestro sin colocación, con su cuello recto y corbata blanca, con sus lacios cabellos y su figura humilde de falso apóstol de una religión bastarda, comprendí que estaba enfrente de un pastor protestante.

El otro era el portero de la casa, que pertenecía al culto reformado. El buen hombre nos había seguido y, viendo nuestra derrota, había corrido en busca de su pastor con la esperanza de una acogida mejor por parte del moribundo.

Pero éste parecía loco de rabia. Si la vista del sacerdote católico, del ministro de la religión de sus antepasados, había irritado al anciano librepensador, el aspecto del cura de su portero acabó de exasperarle.

Cogí por el brazo á los dos intrusos y los arrojé fuera con el ímpetu que se abrazaron dos veces al franquear las dos puertas que conducían á la escalera. A mi vez desaparecí de escena para volver á la cocina, nuestro cuartel general, á fin aconsejarme de mi madre y del abate.

Pero en esto Melania entró azorada, gimotando:

—¡Se muere... se muere... acudid pronto... venid... se muere!...

Cuando llegó mi madre, mi tío había caído al suelo y tendido á lo largo del entarimado, no hacía movimiento alguno. Bien pronto cogimos por su inmovilidad que era un cadáver.

¡Qué soberbia, qué admirable estuvo mamá en este momento! Se dirigió majestuosamente hacia los dos jóvenes, que, arrodilladas al lado del anciano, trataban de levantarlo,

y mostrándoles la puerta, con una dignidad y una autoridad irresistible, las arrojó á la cara esta frase:

—¡Ahora os toca á vosotros! ¡Fuera de aquí! Salieron sin protestar, sin decir una palabra. He de advertir que me disponía á usar con ellas el mismo argumento que había empleado con el pastor y el portero.

El abate Poivron administró á mi tío con las plegarias y ceremonias de costumbre y le absolvió de todos sus pecados. La mamá sollozaba, prosterada ante su hermano.

—¡Me ha reconocido!—exclamaba—. ¡Me ha estrechado la mano! Estoy segura que me ha reconocido y me ha dado las gracias. ¡Oh, Dios mío, qué alegría!

¡Pobre mamá! ¡Si ella hubiera comprendido ó adivinado á quién se dirigían aquellas señales de agradecimiento!...

Depositamos el cuerpo de mi tío sobre su cama. Esta vez estaba bien muerto.

—Señora—dijo en esto Melania—, aquí no tenemos ropa para amortajarlo. Todo lo que hay pertenece á esas... señoras.

Yo contemplaba la tortilla, que no habían concluido de comer, y sentí á un tiempo ganas de llorar y de reír. ¡Hay momentos y situaciones tan ridículos en esta vida!

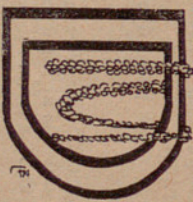
Ahora bien; los funerales de mi tío fueron magníficos; cinco discursos se pronunciaron al borde de su tumba. El senador barón de Croiselles demostró con admirables frases que Dios acaba siempre por entrar victorioso en las almas de cierta raza un instante extraviadas. Todos los miembros del partido realista y católico seguían el fúnebre cortejo con el entusiasmo del triunfo, hablando de aquella muerte tan hermosa después de una vida algo turbulenta.

El vizconde Roger calló. Todos reían y alguien á su lado murmuró:

—¡Bah!... La eterna historia de las conversiones *in extremis*.

GUY DE MAUPASSANT.

EL PERRO VIEJO



E un puntapié el colono Beaumaire echó al viejo perro que dormía junto á la puerta.

—¡Vete de aquí! Eduardo Beaumaire, su hijo, de unos quince años, protestó.

—¡No le maltrates, padre!

—Me molesta.

—Has podido romperle las costillas.

—No me importa. No acaba nunca de reventar.

—En nada nos perjudica el pobre animal.

—¿Lo crees así? ¡Le parece poco trabajo el de soportarlo?

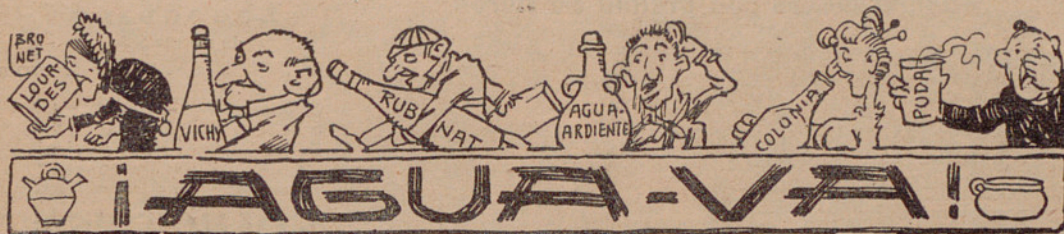
—Ahora, ninguno, es verdad—asintió el niño—. Pero no es culpa suya. ¡Está tan viejo!...

—Justamente. Y yo estoy sosteniendo una boca inútil. Tengo que desembarazarme de él.

Eduardo suplicó:

—Padre, te ruego...

—¡Basta de sensibilistas!



Según dice la Prensa madrileña, Lerroux enviará á Barcelona para que dirija *El Progreso*, al concejal del Ayuntamiento de villa y corte, don Ignacio Santillán.

¡Al fin conoció don Alejandro que era necesario una determinación de esa índole!

Nosotros hace tiempo que lo creíamos imprescindible para la vida de la famélica publicación.

Si es que se puede llamar vida al movimiento que imprime á ese cadáver la *colla de la gana* y la idem de sus escribidores!

El Comité de Molestia Social ha recibido un soberbio refuerzo.

Dos *expaladines* del republicanismo catalán, el pollo Ridaura, pasante del señor Valles y Ribot, y Gaudier, idem de lienzo de Miró y Trepas, han abjurado de sus pasados errores y se han dedicado á moralizar la sociedad.

¿A qué se debe tan portentosa conversión? Lo ignoramos; pero lo cierto es que ambos jóvenes siguen fielmente la conducta ejemplar del hoy su modelo San Luis Gonzaga y á la postre se convertirán, si no en unos Gonzagas por lo menos en unos luises.

¡Ah! sus primeros actos de conversión han sido chinchar á sus correligionarios, donde han podido bienamente y sin ruido ni voces.

San Luis se lo pague, por la parte que á nosotros nos corresponde.

Y la Virgen les dé á esos campeones de la moral fuerzas para que sostengan el voto de castidad.

Los periódicos portugueses dicen que los religiosos españoles que fueron expulsados de Aldeia do Ponte han derribado las puertas del convento con intención de instalarse nuevamente en él.

El Gobierno ha dado órdenes terminantes para que sean conducidos á la frontera.

¡Si hubiéramos hecho eso nosotros cuando la invas ón frailuna francesa!

Pero por hado fatal y ¡oh lector, porque te empaches! manda frailes Portugal y Francia duplicó el mal enviando frailes y *apaches*.

Unos gitanos, huyendo de una tormenta que descargaba en los campos toledanos, buscaron refugio en las ruinas de un convento.

Y es el caso, que una hija de Faraón soñó que en uno de aquellos muros había un tesoro.

Busca por aquí, explora por allá, observaron que sonaba á hueco uno de los muros.

Trabajando como desesperados demolieron la pared, y con la emoción que puede suponerse, descubrieron una caja.

—¿El tesoro?

—¡Ca, lector, ca! ¡Un muerto! ¡La momia del fundador del convento!

¡Pero, hombre, es menester ser tontos de capirote para buscar tesoros donde ha habido frailes.

Estos abandonarán los restos del fundador, sin las reliquias irán, los santos se dejarán; pero cuartos, ¡no señor!

Al dar la noticia de la terminación de la huelga minera de Bilbao, dice un colega que ahora se verá claramente que todos han salido perdiendo.

En vano esa afirmación en demostrarnos se afana, pues que dice la razón que si uno pierde otro gana.

Leo con la admiración que puede suponer el lector:

“El diputado por Gerona, don Dalmacio Iglesias, se ha atrevido á visitar el pueblo de Cassá de la Selva, que es completamente republicano.

Parece ser que don Dalmacio se presentó en dicho pueblo haciendo ostentación de sus ideas reaccionarias y con este motivo un grupo de unos 500 hombres le ha propinado una silba estrepitosa acompañada de vivas á la libertad y mueras á la reacción y á los asesinos de Ferrer y otros parecidos.

Don Dalmacio no tiene ganas de repetir la visita.,

Dalmacio, vete despaci y simpleza economiza, no seas terco ni reacio que las silbas de hoy, Dalmacio, pueden ser después paliza.



JEROGLÍFICO COMPRIMIDO

De Salvador García.

Pro nombre, Letra, Nota musical

CHARADA

de Jaime Basas.

—Ayer en el parque ví á tu hermana, *prima segunda terciá*, hablando con un hombre, y me llamó la atención porque ví que la tenía cogida de la *prima cuarta*.

—Era mi tío *todo*. Y además, no hay temor, porque el pobre pasa ya de los sesenta.

Rompecabezas con premio de libros



Este travieso chiquitín jugaba con un objeto que arrojó al suelo é hizo pedazos. El objeto de referencia era un jarrón, el cual puede reconstituirse recortando los fragmentos que aparecen en el dibujo y combinándolos debidamente. Algunos de esos fragmentos han de cortarse en pedazos para que resulte la combinación.

LOGOGRIFO

de Ramón Sala.

1	2	3	4	5	6	Nombre de varón
5	6	1	2	5		»
5	2	3	6			Animal
2	5	4				Verbal
5	2					Nota musical
1						Consonante

SOLUCIONES

(Corres; ondientes á los quebra de-ros de cabeza del 10 de Septiembre)

A LA CHARADA

Reparada

AL CAPRICHIO NUMÉRICO

Novedades

A LA CHARADA RÁPIDA

Madreselva

A LA TARJETA

Juan Lamotte de Grignon

Han remitido soluciones. — A la charada: Jaime Tolrá, Manuel Pérez, José Costa, Mario Pons, P. Soler, Gregorio Arruga y Pedro Risech.

Al caprichio numérico: María Balasch, Jacinto Torrellas, José Costa, Pedro Menéndez, Esteban Elías Olive-llas, Mario Pons, P. Soler, Gregorio Arruga, Jaime Tolrá, Manuel Pérez y Juan Trullás.

A la charada rápida: Josefa Gatuellas, Pedro Risech, P. Soler, Jaime Tolrá, Manuel Pérez y Antonio Riudoms.

A la tarjeta: Josefa Gatuellas, Gregorio Arruga, Pedro Risech, José Costa, P. Soler, Antonio Riudoms y Mario Pons.

ARTÍSTICO REGALO

á los que padecen de Neurastenia, Inapetencia, Debilidad, Palpitaciones de corazón y demás enfermedades que reconozcan por base la desnutrición orgánica, comprando al autor seis frascos del poderoso **Fosfo-Glico-Kola Doménech** y se regalará una artística maleta metálica, litografiada, de muchas aplicaciones. Muestras gratis al autor, **Ronda de San Pablo, núm. 71.** — *Farmacia premiada por el Excmo. Ayuntamiento de Barcelona.*

PÍDASE PARA CURAR LAS

ENFERMEDADES NERVIOSAS

ELIXIR

POLIBROMURADO

AMARGÓS

QUE CALMA, REGULARIZA Y FORTIFICA LOS NERVIOS

UNIVERSALMENTE RECOMENDADO POR LOS MÉDICOS MÁS EMINENTES

Su acción es rápida y maravillosa en la EPILEPSIA (mal de Sant Pau), COREA (baile de San Vito), HISTERISMO, INSOMNIO, CONVULSIONES, VERTIGOS, JAQUECA (migraña), COQUELUCHE (catarro de los niños), PALPITACIONES DEL CORAZON, TEMBLORES, DELIRIO, DESVANECIMIENTOS, PERDIDA DE LA MEMORIA, AGITACION NOCTURNA y toda clase de Accidentes nerviosos.

Farmacia del Dr. AMARGÓS, PLAZA DE SANTA ANA, 9.

LA COSMOPOLITA

EMPRESA DE POMPAS FÚNEBRES

FUNERARIA DEL SAGRADO CORAZÓN

ESPECIALIDAD EN ATAÚDES DE LUJO

ANTONIO QUINTILLA

S. en C.



RONDA UNIVERSIDAD · 31
(TELÉFONO 2480)

SUCURSAL: ARIBAU · 17 (TELÉFONO 2490)

BARCELONA



ROB DEPURATIVO XARRIÉ

40 años de ÉXITO VERDAD

Cura radicalmente y sin molestar ni debilitar al enfermo todas las enfermedades **HERPÉTICAS** (tanto internas como externas), irritaciones de garganta, riñones, escrófula, forúnculos, etc.

*Si queréis conservar la Salud y la Belleza
tomad el Rob Xarrié*

DE VENTA en todas las principales farmacias y grandes droguerías de España y Ultramar.

**¡¡Tuberculosos!!
¡Anémicos!
¡Neurasténicos!**

NO DESESPERÉIS

hasta haber probado nuestro
tratamiento especial

Curaréis si nos consultáis a tiempo

CLÍNICA del Dr. CROUS

CARMEN, 56, pral.

DESCONFIAR

DE IMITACIONES

El citrato de Magnesia Bishop es una bebida refrescante que puede tomarse con perfecta seguridad durante todo el año. Además de ser agradable como bebida matutina, obra con suavidad sobre el vientro y la piel. Se recomienda especialmente para personas delicadas y niños.



El citrato de Magnesia Granulado Etervescente de Bishop, originalmente inventado por Altrato Bishop, es la única preparación pura entre las de su clase. No hay ningún sustituto tan bueno. Póngase especial cuidado en exigir que cada frasco lleve el nombre y las señas de Altrato Bishop, 48, Spelman Street, London.

En Farmacias. — Desconfiar de imitaciones

MAGNESIA

DE BISHOP



—¡Pobre San José! ¡Y pensar que aun no se te ha florecido la batuta!